

Algunos datos sobre los Indios Bororós

POR

JULIO KOSLOWSKY

NATURALISTA VIAJERO DEL MUSEO DE LA PLATA

(CON 3 LÁMINAS)

Algunos datos sobre los Indios Bororós

POR

JULIO KOSLOWSKY

Naturalista viajero del Museo de La Plata

(CON 3 LÁMINAS)

La primera vez que ví indios de la tribu Bororó, fué al día siguiente de mi llegada á Descalvados. Ese día era la fiesta de N. S. del Cármen, patrona de aquel establecimiento, propiedad del Sr. Jaime Cibils Buxareo, en donde se fabrica extracto y caldo de carne. Esta fiesta es la más grande que se celebra en Descalvados, concurriendo por lo tanto todos los trabajadores, camperos, capataces y demás gente de los vastos campos del Establecimiento central, que es Descalvados propiamente dicho (1). Hay allí una hermosa capilla colocada en el centro de los edificios del Establecimiento, de la que se aprovechan los indios Bororós para efectuar en la fiesta indicada sus bautismos, lo que hacen con tal celo que por varios años siguen bautizando la misma criatura, pues cada vez eligen un padrino rico, que no deja de hacerles regalos. Esta vez tambien habian llegado algunos hombres y mujeres que con su danza grotesca contribuian á aumentar la alegría general de aquel público de todos colores, nacionalidades y razas. Los Bororós bailaban la danza del tigre, la que consiste en que hombres y mujeres se ponen en hilera detrás de un indio adornado de

(1) De esta comarca ya he dado algunos datos en mi artículo: «Tres semanas entre los indios Guatós». Revista del Museo de La Plata, T. VI, p. 221. — 1895.

plumas, pajas y collares hechos de dientes, uñas y cuero de tigre, lo que representa á un hombre dentro del cual ha pasado el alma del jaguar muerto por él mismo y cuya presencia se manifiesta por saltos y movimientos furiosos en el cuerpo del hombre, los que procura conjurar á su frente otro Bororó, el médico de la aldea, secundado por algunos ancianos. El Bororó, que representaba al tigre furioso, tenía sobre la cabeza una corona ó diadema de plumas del guacamayo colorado (*Ara macao*), las de la cola puestas en el centro al frente, formando los costados las remeras; además tenía plumitas recortadas dirigidas hácia abajo, aseguradas con hilos de algodón á un rodete delgado. Además adornaba su cabeza una diadema de uñas de jaguar colocadas en hilera con las puntas para arriba. Cubría la cara debajo de esta diadema una máscara de franjas hecha de las hojas tiernas del cogollo de palmera, ocultándola completamente; iguales franjas rodeaban las manos, la cintura y los piés, de modo que no se veía lo que caracteriza el cuerpo humano. Sobre el pecho descansaba un adorno de dientes de tigre, formando los cuatro caninos en el centro del collar. Rodeaban los piés cascabeles hechos de cascacos de ciervos y pecarís, arreglados en hileras. Su espalda estaba cubierta por un cuero de tigre, rígido como una plancha, con el pelo hácia afuera; y en cuya parte interior habian dibujado líneas negras y rojas formando las partes de las esquinas triángulos, también rojos, de modo que siempre dos de ellos se tocan con sus puntas, lo que semeja una X con sus dos mitades llenadas con el mismo color. Estos triángulos gemelos forman una hilera compuesta cada una de cuatro ó cinco de estos mas pequeños, cuyas bases están siempre separadas por dos líneas negras de la hilera que sigue abajo; fuera de las demás líneas está todo el centro ocupado por fondos blancos que representan una cruz; toda la parte superior donde no hay dibujos, está pintada de rojo. Volvimos al baile. Al començar la danza, saltaban los indios sin entusiasmo, con la faz severa y apática, lo que se podría también explicar creyéndoles incomodados por la presencia de la muchedumbre, entre la cual se hacian de vez en cuando observaciones en alta voz, que naturalmente retardaban el desarrollo del baile. Poco á poco se entusiasmaron los indios, avanzando la danza no tomando ya en cuenta si se les miraba ó hablaba alto, sino que mostraban un brío creciente, pisoteando el suelo en sus saltos. Las mujeres sobre todo desempeñaban con conciencia su tarea, y con el médico que siempre cantaba en voz baja, acompañando su

canto con el rechinamiento de la calabaza, ejecutaban la danza con empuño tal como si dependiese la vida de su realizacion exacta. La postura que observaban en el baile era la siguiente: elevaban los brazos de modo que desde los hombros hasta los codos formaban una línea recta y desde los codos hasta los puños cerrados paralelos hacía arriba; las piernas las tenian algo encorvadas, saltando siempre de un lado al otro, con el cuerpo tambien algo encorvado y las piernas abiertas. De tiempo en tiempo, uno y otro dejaba la fila para descansar un momento ó para secarse el sudor que corria en abundancia, siendo ocupado su sitio inmediatamente por algun otro que descansaba ó que seguia detrás. De este modo, bailando todo el dia sobre el mismo sitio, habian hecho desaparecer el pasto y por la tarde ya se levantaban nubes de tierra, sin que los bailarines mostrasen cansancio en la ejecucion. Así siguieron bailando hasta la media noche.

Antes de seguir narrando las costumbres de los Bororós, me ocuparé de las comarcas que ocupan, de donde proceden, como tambien de lo que se sabe de su historia. Todos los terrenos sobre la márgen derecha del rio Paraguay, de Corumbá arriba hasta el rio Jaurú, son sumamente arenosos, y se extienden hasta el corazon de la provincia boliviana de Chiquitos; en el periodo de las lluvias se inundan durante varios meses, ya sea con las aguas del rio Paraguay ó ya con las que caen en sus inmediaciones. Éstas vastas comarcas están salpicadas de lomadas mas ó menos pequeñas, que apenas sobrepasan algunos piés ó metros de elevacion del terreno inundado, extendiéndose generalmente en largas curvas y hallándose cubiertas de vegetacion superior, pero de débil desarrollo y rara vez formando un techo continuo de follaje. El carácter de las partes arboladas se puede separar en dos tipos: uno de árboles aislados ó de macizos de varios reunidos, sin arbustos ni otras hierbas espinosas en sus espacios libres, con excepcion de algunas escasas gramíneas donde pacen animales vacunos. A esta clase de vegetacion llaman los ingleses en Australia «bush». El otro tipo presenta tambien árboles aislados, pero cuyos espacios libres están ocupados por arbustos y plantas sumamente espinosas, que forman un erredo impenetrable, llamado por los brasileros «campo cerrado». Esta clase de monte ofrece un buen refugio para los jaguares, pecarís y otros animales dañinos. Los campos que carecen por completo de árboles, en los que la inundacion asciende á uno ó varios metros, poseen buen pasto en la primera parte del periodo que sigue al de las lluvias.

El aspecto de estas comarcas hace suponer que hasta allí se extendió antes el mar ó un gran lago, pues los extensos llanos de arena fina con las lomadas larguísimas de igual elevación, también de arena menuda, recuerdan los extensos bancos de mares de poca profundidad; como por ejemplo el lago de Aral al presente. El viento y las lluvias, sin duda, habrán contribuido á allanar los bancos y médanos, pero no han podido cambiar el aspecto general. También concuerda con lo dicho anteriormente la pobreza de estas comarcas que no producen árboles altos y vigorosos, sino bajos y torcidos. Todo el suelo de este distrito es inadecuado para la agricultura, y solamente al pié de los cerros, ó, como los brasileros los llaman, «morros», se puede plantar maíz, mandioca, batatas y caña de azúcar; pero también allí no son de un desarrollo completo. Si bien no se presta este suelo para la labranza, es, al contrario, excelente para el pastoreo, y efectivamente, se encuentran estos sitios cubiertos de ganado, el que asciende, en los campos que pertenecen al Sr. Cibils, en Descalvados, á trescientos mil animales vacunos sobre una superficie de doscientas leguas cuadradas. Las vacas son, con excepción de las caseras, todas bravas, las que disparan al divisar á lo lejos al hombre. También se encuentran en esta vasta comarca gran número de ciervos, chanchos monteses, jaguares, pumas, cuatis, tatües, avestruces y otros animales, que son buena presa para la caza de los Bororós.

De animales dañinos y sabandijas, hay muy poco, pues las inundaciones las destruyen, y rarisíma vez se encontrará una víbora brava ó venenosa en los campos abiertos. Los ganados no son atacados por los gusanos como en otras partes, y por lo tanto no necesitan de rodeo; tampoco existe el mal de cadera en los campos inundados durante las lluvias tropicales. El clima es benigno, y rara vez se nota el impaludismo, lo que explica la edad muy avanzada á que alcanzan los Bororós. He visto en la estancia Cambará á un viejo Bororó, llamado «Cerro-dorado», cuya edad se calculaba en ciento veinte años, el que apesar de que ya no oía y que veía poco, hacia todavía el camino desde la estancia hasta la fábrica, cuya distancia es de ocho leguas, empleando algo más de medio día. Este indio tenía la cara, las manos y los piés cubiertos de arrugas, pero el cuerpo se conservaba aun robusto, particularmente el pecho llamaba la atención por su elevación pronunciada. La gente que le conocía desde más de treinta años, aseguraba que no habia cambiado nada desde entonces. Si lo que digo es exage-

rado, tengo que confesar que cuando le ví, calculaba al viejo Bororó, su edad en más de cien años, siendo de admirar las proporciones atléticas de su cuerpo que con facilidad soportaba el peso de los años. Tenía facciones toscas, la frente algo baja, los contornos cuadrados como se observa en la cara de todos los viejos, tanto de hombres como mujeres, cuando los carrillos han bajado. Su vestido consistía en un pantalón y una camisa, que caía sobre aquel. La comida y habitación la recibía en la estancia Cambará, cuyo mayordomo tenía órdenes terminantes del Sr. Cibils para tratar al anciano Bororó con toda consideración. Pasaba el día paseándose por el patio de la casa, dando á veces maíz á los patos ú observando á los peones que trabajaban. Rara vez hablaba; su voz se había hecho ya casi ininteligible.

Si nos preguntamos, si los Bororós son autóctonos de las comarcas mencionadas, tenemos que contestar negativamente y considerarles como invasores venidos del Este, de las comarcas que lindan con los nacientes del río San Lorenzo, donde hoy viven aun los indios Coroados, que hablan la misma lengua que éstos, que no son sino extra-tribu de Bororós, lo que explicaremos más adelante. Si buscamos noticias en la historia de las conquistas de los españoles sobre estas comarcas, las encontraremos tanto en las narraciones de Ulr. Schmidt, como en la Historia del Paraguay, por Azara y demás autores que de ella han tratado.

El primero de los europeos que pisó estos territorios fué Hernando de Rivera, á quien mandó Alvar Nuñez Cabeza de Vaca á reconocer los indios Jarafes ó Xarayes. Este conquistador siguió el río Paraguay aguas arriba hasta el río Jaurú en el cual entró. El segundo que llegó despues hasta el Jaurú y que pasaba para el Perú, fué Nuffo de Chaves, á quien mandó Domingo Martínez de Irala para que fundase un pueblo entre los Xarayes. Ni en los acontecimientos del primero ni en los del segundo, aparece una tribu de Bororós, ó por lo menos un nombre parecido. Los indios que se hallaban á lo largo del río hasta el Jaurú, eran muy dóciles y recibieron bien á los conquistadores; pertenecían á las tribus de los indios Orejones (Surucusús) ó Xarayes, que vivían principalmente de los productos del río, (véase mi trabajo: «*Tres semanas entre los indios Guatós*», Revista del Musco de La Plata, T. 6, p. 221 sig.), y que enterraban sus difuntos en vasijas de barro cocido en sitios elevados de las orillas del río, levantando montículos en los lugares bajos, como en la isla grande, abajo de Descalva-

dos, destinados para cementerio. Uno de estos cementerios antiguos es el lugar que ocupan los edificios de la fábrica de extracto de carne de Descalvados, que contiene infinidad de urnas funerarias, las cuales se hallan si se hace un pozo de un metro de profundidad. En la época de las lluvias todos los alrededores se cubren de agua, apareciendo solamente los edificios sobre el lugar más alto y por lo tanto seco, que abarca algunas cuerdas cuadradas. Otro cementerio se muestra sobre la orilla izquierda del río Paraguay, frente á la embocadura del río Jaurú, en un punto que se llama «Tucú», siguiendo la falda de una serranía baja. Todas las urnas que se encuentran tanto en el Tucú como en Descalvados y en los bananales de los indios Guatós, son análogas y por lo tanto de los Orejones, pues no hay duda que los Bororós pasaron á la orilla derecha del río Paraguay despues de la destruccion de las tribus de Orejones por los conquistadores, los que aunque no habian desaparecido del todo de estas comarcas, no eran suficientes para oponerse á la invasion de tribus tan guerreras como eran las de los Bororós, que fuera de toda duda exterminaron á los últimos Orejones. Los Bororós, siendo una nacion de cazadores, se hallaron sin duda en un campo de accion muy favorable para su permanencia, pues que aquellas vastas comarcas les proporcionaban caza abundante, y, además, no tenian enemigos bastante poderosos en su vecindad á quienes temer. Los únicos que podian molestar á estos indios eran los Guanás y Guaicurús. Estos, cuyas mujeres escaseaban por la costumbre bárbara de enterrar vivas á la mayor parte de sus hijas recién nacidas, lo que hicieron las madres con el pretexto de que las que criaban fuesen más buscadas por los hombres, y por lo tanto más felices (1), se veian pues obligados á buscar mujeres en otras partes, haciendo con tal fin excursiones en canoas río arriba hasta llegar á los lugares habitados por los Bororós, para apoderarse de las muchachas y de las mujeres de éstos, por asalto imprevisto. Pero estas escursiones tenian en general mal resultado, pues los Bororós, conociendo las vueltas innumerables del río Paraguay en tales lugares, cortaban el camino á los invasores, acercándose por tierra más ligeros hasta las vueltas por donde los asaltantes tenian que pasar con su presa. En general, perecian todos estos por las flechas certeras de los Bororós. El viejo cacique Guató me aseguraba, que en su

(1) Véase Azara, Descripción é Historia del Paraguay y del río de La Plata—1817, tomo I, pág. 202.

juventud todavía había visto regresar de tales excursiones solamente de dos á tres Guanáís ó Gunicurús, casi siempre heridos, los que eran curados y mantenidos por los Guatóís; los demás indios invasores morían en parte en el lugar de la lucha ó en el camino, á consecuencia de las heridas graves que les ocasionaban las flechas de los Bororós.

Pero corriendo el tiempo, aumentó cada vez más el número de europeos, avanzando principalmente del lado de Cuyabá; los portugueses llegaban hasta las orillas del río Paraguay. Todo este espacio, desde Cuyabá hasta Villa-Maria pertenecía á las grandes tribus de los Bororós que hicieron una guerra tenaz á los colonos europeos que formaban siempre sus poblaciones con varias familias juntas en cada sitio apto para la cria de ganado; sobre todo una estancia sobre la márgen izquierda del río Paraguay empezó á crecer cuando se descubrió la ipecacuana en las grandes selvas situadas al Norte. Esta estancia, que se transformó en un pueblo, es la actual Villa-Maria, que al presente se llama San Luis de Cáceres y que debe su adelanto únicamente al comercio de la ipecacuana.

Juan Carlos Pereira Leite, de las familias principales de Villa-Maria, fué comandante militar del distrito, un estanciero rico y hombre emprendedor pero cruel é inmoral. Este hombre reconoció la buena calidad de los campos situados sobre la orilla derecha del río Paraguay, desde el Jaurú hasta las lagunas grandes de Oberaba y La Guiba, territorio boliviano entonces, y resolvió apoderarse de ellos. Para poder establecer estancias, se vió obligado á luchar con los Bororós que habitaban estas comarcas, estando continuamente en guerra con los brasileros, é impidiendo la colonización en esos lugares. Despues de una guerra vigorosa de cinco á seis años á fines del primer cuarto de este siglo, durante la cual murieron unos 500 Bororós, cayendo prisioneros unos 100, se sometieron y aceptaron el bautismo. A estos indios los llevó Pereira Leite á la estancia Cambará, donde establecieron sus viviendas. El comandante se dedicó en persona á civilizarlos, lo que efectuó de tal manera, que á los hombres y á los muchachos los empleó en los trabajos de campo, practicando en el sexo femenino el *jus primæ noctis*. Los Bororós se conformaban con tal proceder, pues nada podían hacer en contra; y como cada vez que esto sucedía recibían los padres algunos regalos, pronto se acostumbraron á semejante fatalidad, y guardaban bien sus hijas para entregárselas al minotauro de estas comarcas, pues eran castigados si permitían á sus hijas tener relaciones con otro hombre antes que el comandante

Pereira hubiese cobrado su tributo. Si alguno de sus peones se atrevía á apasionarse por una india, tenía que huir á Bolivia, porque eran entonces asesinados ambos por los esbirros de Pereira. Apesar de que este hombre hizo mucho por el pueblo de Villa-María, siendo poseedor de una gran fortuna, no pudo conseguir el título de noble como lo pretendía, pues el emperador Don Pedro II llegó á tener conocimiento de sus fechorías. Paulatinamente fué relajándose la disciplina en que tenía á los Bororós, por enfermedad de Pereira Leite, quien dejó de ocuparse de sus víctimas. Los Bororós aprovecharon esta circunstancia para emigrar á un lugar en donde estuvieran menos expuestos á la vigilancia y en donde libremente pudieran practicar sus costumbres. Esta nueva fundacion en donde viven hasta el presente, dista unas ocho leguas de Descalvados y como cuatro de la estancia Cambará, hallándose cerca de una laguna.

Desde que estos territorios fueron adquiridos por el señor Jaime Cibils Buxareo, ha mejorado notablemente la suerte de estos indígenas, pues no se les incomoda en su modo de vivir, y los que trabajan en el campo reciben un buen sueldo; aún algunos, como ser los vaqueanos de los campos, ganan de cincuenta á sesenta mil reis por mes y naturalmente reciben también la comida, lo que es casi el doble de lo que gana un peon en los mismos lugares; sin embargo, con estos indios no se puede siempre contar para el trabajo, y si el capataz que les manda les hace algun reproche ó les grita, se alejan á la «lagoa» como llaman á su aldea, sin tomar la menor nota si hay premura en el trabajo, ocasionando á veces grandes perjuicios al establecimiento.

Durante el tiempo seco los jóvenes Bororós se ocupan en las estancias con el arreo del ganado vacuno bravío, que cojen empleando el lazo. Su cabalgadura que manejan bien, es entonces el caballo ó la mula, indistintamente. También emplean el lazo, acercándose mucho al animal que quieren apresar, lo que es bastante peligroso, porque el vacuno toma la ofensiva, y matando á veces muchos caballos y mulas, é hiriendo con frecuencia gravemente al gínete. La muerte ocasionada por una cornada no está excluida de la suerte del campero.

Como ya he dicho, esta generacion mas jóven ha sido naturalmente educada en el cuidado de los ganados en tiempos del dueño anterior, pues el Bororó, en su locomocion, únicamente se sirve de sus piés, y hace en un día cuando se ofrece la ocasion, trayectos sorprendentes recargado con su presa,

cuyo peso solo puede sorportar una mula. Pero no hay que creer por esto que le guste el trabajo, lo hace por que se vé obligado por la necesidad, pues si es acompañado de su consorte, es ella la que tiene que cargar con todo, ó por lo menos, con la parte más pesada. A pesar de esto, la trata bastante mal, como á un sér muy inferior; no le permite hablar con otro hombre, y debe permanecer generalmente callada en presencia de su marido, lo que no impide que se arregle con otro hombre en ausencia de éste, pues tienen estos indios la costumbre de ofrecer su mujer á cualquiera de quien espera obtener algun beneficio, cuando de otro modo no puede conseguirlo. Un amigo mío pasó una noche en la aldea de los Bororós, y fueron tantas las ofertas que los maridos le hacían de sus mujeres para conseguir un trago de caña, que se veía en sérios apuros, de los que le sacó un viejo indio que le condujo á su enramada, en donde la pasó sin ser molestado. Este estado de desmoralización reconoce como causa el proceder del dueño anterior junto con la escasez de mujeres en estas comarcas; y los camperos que trabajan en el Establecimiento de Descalvados, y que en su mayor parte se componen de paraguayos, correntinos y brasileros, no son precisamente los mas aptos para aumentar la moralidad entre los indios. Cada vez que aquéllos reciben sus sueldos, visitan tanto cuanto les es posible la aldea, y algunos dias despues llegan las mujeres de los Bororós al establecimiento central para hacer compras en la casa de negocio que allí existe.

Los indios de la otra aldea, situada en territorio boliviano, que tambien pertenecen á la nacion Bororó, son respecto á tal costumbre muy distintos, y el audaz se expondría á recibir un flechazo si el marido hallára á su mujer en flagrante delito de infidelidad. Su trato con los extraños es bastante reservado. No tienen suficientes mujeres, siendo por lo tanto menos corrompidos que los Bororós de Descalvados.

Mi apreciado amigo Cárlos V. Burmeister, administrador de Descalvados, me dá la noticia que este año se han presentado Bororós de la aldea de Bolivia en este Establecimiento, solicitando y obteniendo trabajo, en el que son mucho mas laboriosos que los de Descalvados, mostrándose tambien más inteligentes en cualquier ocupacion. El Bororó habla siempre en voz tan baja, que parece salir del interior del pecho, emitiendo sonidos guturales. Sus cantos los ejecutan en el mismo diapason; á las mujeres se les oye reir á carcajadas sobre cualquier nimiedad, pero esto cuando no están sus maridos.

Los Bororós que durante el tiempo seco trabajan en las estancias de dicho Establecimiento, se ocupan durante las lluvias torrenciales como cazadores, con cuyo objeto buscan las lomas elevadas ó las sierras bajas densamente arboladas, en donde apresan toda clase de animales, principalmente chanchos monteses. También persiguen en las lagunas á los yacarés (*Caiman sclerops*), cuya carne y huevos aprecian mucho. Además del alimento animal, consumen muchos mas productos vegetales, ya sean frutas silvestres, como nueces de palmeras, ó de leguminosas como el yatubá; aprecian lo mismo los cogollos de palmeras, los que condimentan. La ocupacion que con más gusto desempeña el Bororó, es naturalmente la caza, y de todos los animales, el jaguar es el que ejerce mayor influencia en la vida moral de estos indios. Cuando se preparan para la caza empiezan por observar ciertas ceremonias, que consisten principalmente en no dormir con su mujer cuatro dias antes de salir á la caza del felino; en este intervalo comienza por pintarse la cara con urucú (1), prepara sus flechas al calor del fuego para endurecer las fibras de la tacuara (2). En ninguna circunstancia le es permitido á la mujer tocar la punta de las flechas, pues el indio cree que con su contacto pierden su fuerza de penetracion y que le atraerian desgracias. Cuando vuelve de la caza con un jaguar, tiene lugar esa noche *el baile de tigre*, que se diferencia del ya descrito, en que las mujeres lamentan y lloran con gran excitacion para conjurar y reconciliar el alma del tigre, de otro modo no la apaciguarian, lo que causaria la muerte del cazador. El jaguar está representado en el baile por el mismo indio que le ha dado muerte, haciendo el papel de tigre furioso y reclamando venganza. Además, el médico y otros viejos Bororós, tratan de conjurar el alma del animal con cantos monótonos, que producen una sensacion penosa en el que les escucha; al mismo tiempo bailan formando medio círculo frente al cazador. Llevan en sus manos, como los principales de la fiesta, calabazas con semillas secas y piedritas, llevando el compás de la danza, las que agitan al terminar cada periodo del baile con un movimiento nervioso de la mano. Los intervalos de descanso son muy cortos, y entonces toman agua ó chicha, y fuman, secándose el sudor que corre en abundancia por

(1) La pintura colorada llamada urucú, procede de las semillas del árbol de igual nombre que están cubiertas con una pasta colorada.

(2) La caña llamada tacuara, es la que usan para sus puntas de flechas.

su cuerpo. El médico es el que inicia nuevamente el baile con sus cantos, durando éste largas horas; y cuando ya el cansancio los ha vencido por los excesos del baile, consideran ya reconciliada el alma del tigre, y no temen nada en lo venidero.

Sin embargo, la caza de este felino es también peligrosa para un Bororó; he visto individuos á los cuales les faltaban dedos de las manos y aun la nariz. Cazan el jaguar del modo siguiente: Despues de haber observado las reglas ya mencionadas, se dirige el cazador á los lugares donde espera encontrar á algunas de estas fieras, que se hallan durante el tiempo seco en sitios bajos cercanos al rio ó alrededor de las lagunas, retirándose en donde hay espesas hierbas y en la época de las lluvias hácia las lomadas y pequeños cerros arbolados. El cazador se halla siempre acompañado de una cuadrilla de perros, tan flacos, que más bien parecen esqueletos, pues nadie se ocupa de su alimentacion, si no son ellos mismos, y de la manera más penosa, pero son inmejorables para buscar los rastros del jaguar.

He visto Bororós acompañados cada uno de quince y aún más perros. Si dan con la pista de algun tigre, comienzan á aullar y ladrar de una manera desaforada, buscando rodear á la fiera, pero siempre teniéndose á distancia conveniente para que la fiera no concluya con sus tristes existencias. El cazador, entre tanto, procura conseguir el modo más fácil de tirar al tigre de lado, y cuando la fiera extiende la pata anterior hácia adelante, del lado que está el cazador, alargando el cuerpo; es este el momento oportuno para arrojar la flecha, que lanza siempre al medio del cuerpo detrás de la paleta.

En general, despues de recibir el flechazo el tigre procura esconderse en la espesura, si le queda aún la fuerza suficiente para hacerlo; pero no siempre se aleja, pues la flecha es arrojada con gran fuerza y le penetra casi toda la punta, la que á pesar de ser hecha de un trozo de tacuara, corta las costillas sin dificultad.

El Bororó entonces le saca la piel y cose las patas al borde anterior del cuello, de modo que representa una superficie continua, estaqueando la piel de manera á darle una forma oblongada, la que consigue con gran cantidad de estacas colocadas muy próximas una al lado de otra por la orilla del cuero. Separa la cabeza y las uñas las que emplea despues para confeccionar adornos, haciéndose un collar de los dientes, arreglándolos de modo que á cada uno de los

cuatro caninos les envuelve toda la raíz con hilos de algodón, los que pinta con urucú. Perfora cada diente, ya incisivo ó molar, en la punta de la raíz y despues los sujeta con hilos de algodón á una cuerditá hecha ordinariamente de hilos del mismo material, de modo que los cuatro caninos queden al medio y las muelas á los lados (véase lámina II, fig. 6). Las uñas del jaguar las arrancan con la última falange del dedo y las atan con una cuerda hecha de las fibras de la planta llamada caraguatá, á un rodete cilindrico hecho de hilos, colocándolas una al lado de la otra sin dejar espacio alguno; de la prolongacion del rodete, que es un semicírculo, cuelgan pequeñas cuerdas de algodón para atar la diadema sobre la frente, (véase láms. II y III, fig. 8). Si nos ocupamos aún de la caza, veremos que no siempre resulta en favor del cazador.

Presentaré aquí á mi amigo Antonio, un Bororó de unos cuarenta y cinco años, de facciones muy severas y condecorado en varias luchas con los jaguares con cicatrices que merecerian ser otras tantas medallas. Este indio se encontró un día lluvioso con un tigre, contra el que, segun el uso y tradicion, dirigió su flecha como de costumbre. El jaguar, sintiéndose muy incomodado, se retiró á la espesura del matorral á cuya entrada lo encontró el indio. Este, creyendo ya que el tigre estaba muerto, siguió el rastro de sangre atravesando por entre yuyos espinosos; pero absorbido en esta ocupacion, no notó que el tigre estaba aún vivo, cuando al pasar junto á un arbusto fué acometido repentinamente por el animal que agarró de un codo al atrevido cazador. Antonio, no pudiendo hacer uso de sus flechas ni con tiempo para sacar su cuchillo, y embarazado por el yuyaje espinoso, no tuvo otro medio que el de hacer uso de sus manos; de este modo consiguió librar su brazo, pero el animal furioso le saltó á la cabeza, de tal modo, que los dientes caninos de la mandíbula inferior le hirieron la frente, y los superiores la bóveda del cráneo. El indio para librarse asíó con sus dos manos la cabeza de la fiera y consiguió derribarla; pero, desgraciadamente, al coger de la cabeza á la bestia, sus dedos penetraron en la boca de ésta, á consecuencia de lo cual perdió el indio cinco dedos, tres de la mano izquierda y dos de la derecha. El tigre estaba tan fatigado y debilitado por la pérdida de sangre, que no atacó de nuevo al cazador, limitándose á observarle y produciendo rugidos roncos por intervalos. El Bororó que se hallaba en igual estado, impotente de hacer algo, manando sangre de todo el cuerpo, se limitó tambien á mirar por su parte al jaguar, porque ob-

servó que ya se acercaba el fin de su vida, llevándosele después de muerto.

Segun me dijo este indio, habia estado muchos meses en fermo á consecuencia de las heridas, aunque esta aventura desgraciada no le ha hecho abandonar la caza; por el contrario, se halla tan estimulado que cuando se presenta un tigre inmediatamente lo ataca.

Me pedía un dia este indio que le procurase una escopeta de dos cañones de las que se cargan por la boca, ofreciéndome en cambio tres cueros de jaguares que mataría con su escopeta; le recomendé una carabina remington, cuya bala tiene más fuerza, y que no necesita mucho tiempo para ser cargada, pero no queria saber nada de carabinas que se carguen con cartuchos, pues ya habia experimentado esta clase de armas, de las que tenia pésima opinion, pues le habian ocasionado casi iguales incidentes al narrado anteriormente, y me relató lo que sigue: Un dia iba de caza, hallándose acompañado de otros dos Bororós, Antonio armado de una carabina remington, y los otros dos con arcos y flechas; encontraron un tigre en el camino, y para matarlo con toda seguridad, Antonio avanzó, hasta que el jaguar se paró en dos patas, poniéndole hábilmente la extremidad de la carabina en la boca y soltando el gatillo. Pero qué fatalidad, no salió el tiro, teniendo la fiera á dos pasos; felizmente no tuvo ésta tiempo de hacer pagar cara su osadía al cazador, pues fué inmediatamente perforada por las flechas de los otros Bororós, los que, notando el peligro en que estaba su compañero, intervinieron en el momento crítico á solo unos pasos del felino. Tal es el motivo porque Antonio, como sus compañeros, tiene una opinion muy desfavorable de las armas que se cargan con cartuchos, opinion de la cual nadie les puede disuadir. Otro Bororó, que tambien se encontró con un jaguar, le hizo fuego con una arma de esta clase, hiriéndole solamente, y la fiera se le echó encima; felizmente el indio la cogió de las patas anteriores, y como era hombre de gran fuerza muscular, logró derribarla y sujetarla durante toda una noche, como me aseguraron tanto los Bororós como otras personas de allí; pero perdió en la lucha la nariz que fué comida por el tigre. A la mañana siguiente le hallaron sus compañeros y le libraron de situación tan incómoda. Esto no solo lo he oido, sino que he visto al cazador, al que efectivamente le faltaba la nariz, teniendo la cara muy estropeada.

Estos casos son muy frecuentes entre los Bororós, y solo

menciono los que por su carácter extraordinario y las cicatrices observadas en los actores, sirven como certificados de verdad.

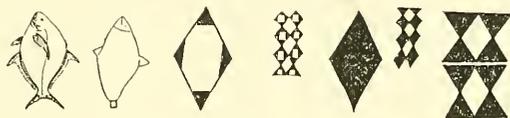
Aparte de la caza, se ocupan también estos indios en la pesca, cuando se les ofrece la ocasión de hacerlo, y cuando llegan al río ó á alguna laguna sin haber conseguido antes cazar alguna pieza. Demuestran gran destreza para flechar los pescados, y rarisíma vez erran el tiro. He visto su habilidad en la orilla del río Paraguay, en Descalvados, en el lugar en donde desemboca la canaleta de sangre de la fábrica en el río. Allí entre miles de pacús (*Myletes edulis*), dorados (*Salminus brevidens*) y otras clases de peces, atraídos por la sangre, se pueden elegir los ejemplares más gordos, y los flechan con una destreza digna de sportmen. Por otra parte el indio no se muestra para nada tan diligente como para un sport. En el sitio que acabo de mencionar de la fábrica no tiraban á los peces por necesidad, pues tenían carne en abundancia, sino para lucirse ante los espectadores que los admiran en estos ejercicios. Por su parte, los indios se muestran orgullosos de poder demostrar su arte. Cada vez que flechan un pez, entran en el agua y le sacan con la flecha; llegando á la orilla ponen la presa en el suelo, la oprimen con el pié y hacen girar aquélla entre las palmas de las manos para sacar así la punta, que es de hueso de yacaré, hecha en forma de arpon; después con un palo corto golpean la cabeza del pescado, para que no salte y vuelva, por medio de tales movimientos, al agua. También tienen otro medio de apoderarse de los peces de las lagunas; que es el siguiente: Algunos indios entran en el agua y revuelven el fango hasta que el agua se pone tan turbia que los peces no pueden respirar, buscando de este modo la superficie, en donde son cogidos, ya sea con flechas ó con una red en forma de bolsa que mide algo más de medio metro cuadrado, hecha de cuerdas muy gruesas, y con la cual sacan los peces chicos. Si la laguna es algo extensa y profunda, en la que no pueden enturbiar bien el agua, entonces se colocan en hilera y procuran arrinconar los peces en algún recodo ó contra la orilla para apoderarse así más fácilmente de ellos. Pero, como he dicho, estos Bororós no son muy adictos á ejercicios en el elemento líquido, pues son verdaderos indios de campo; nunca construyen canoas, ni tampoco lo han hecho antes; su industria consiste en la fabricación de arcos y flechas, los que son hechos con una perfección y arte admirables, por ser una tribu de indios que vivió á un nivel más bajo que todos sus vecinos.

Siguiendo con la descripción detallada de sus armas y utensilios, empezaremos por las primeras. El arco, que mide dos metros y más de largo, es hecho de la palmera carandá, el material más elástico y propio para su construcción; cuando han labrado la madera, cubren el arco densamente con la corteza de un cipó ó bejuco, para darle mayor resistencia, cortándola en tiritas de tres á cuatro milímetros de ancho, del mismo modo que lo hacen los Guatós, á los que imitaron cuando conocieron á aquellos indios de los pantanos de Xarayes, pues los hermanos de los Bororós, los Corouós ó Bororós de las nacientes del río San Lorenzo, no hacen así sus arcos. Cuando vieron que el método de los Guatós era el mejor, lo aceptaron, pues en todo lo que se refiere á la construcción de armas son inteligentes y expertos. Las flechas que hacen son verdaderamente fruto de su inteligencia y laboriosidad, y también parecidas á las de las tribus del mismo nombre en las nacientes del río San Lorenzo. El largo de la flecha, tanto para la caza como para la pesca, es de 2 metros y 25 centímetros de largo, midiendo solo la punta 45 centímetros de largo y 3 cent. de ancho en el medio; es hecha de tacuara y tiene una canaleta que representa las $\frac{2}{3}$ partes de un círculo. Se vé que este producto es hecho con mucha inteligencia, pues cuando entra la punta en un cuerpo, impide que la herida se cierre con el objeto de que se escape con rapidez la sangre, lo que causa prontamente la muerte. Es esto en su estado primitivo, lo mismo que los pueblos civilizados emplearon en ciertos puñales, bayonetas y dagas, con la cruz esculpida en la hoja de una espada por medio de una escavacion. La punta de la flecha se ajusta á la segunda pieza por medio de una pequeña pieza de madera bien alisada y redonda, del grosor de un lápiz, la que en general mide 30 centímetros de largo. La union con la punta de flecha se hace de modo que la segunda pieza, al ponerse en contacto con la punta, se halla en una escavacion secundaria que la abraza casi hasta la mitad de su circunferencia, y que en su extremo tiene las fibras algo levantadas, de modo que la punta de la segunda pieza no puede resbalar cuando la punta de flecha choca con un objeto. Además de que no se separan, están densamente envueltas con fuerte cuerda de algodón. La segunda pieza está ajustada con la otra punta en el astil y densamente enroscada con tirillas de corteza. El astil es el pedúnculo de la inflorescencia de una caña floja que crece en lugares bajos y húmedos, que también emplean los Guatós con el mismo fin. La emplumadura del astil con-

siste en dos plumas fuertes y muy grandes, teniendo toda esta parte enroscada con las mismas tirillas vegetales, y las plumas grandes fuera de las dos puntas tambien en dos á cuatro partes del medio ajustadas al ustil. A veces adornan esta parte de la emplumadura con pequeñas plumas amarillas y rojas, de modo á formar una línea alternada de ambos colores en medio del intervalo entre las dos plumas grandes, introduciendo las plumillas de color en cada vuelta, al liar esta parte con la fibra vegetal que emplean en vez de cuerda (Lám. III, fig. 6). La diferencia entre las flechas de los Guatós y la de los Bororós, es que la última es mucho más grande; que tiene la punta ajustada por medio de una cuerda de algodón, y nó con la tirilla vegetal que he mencionado; que la parte de la emplumadura está enroscada con esta tirilla y nó con hilo de algodón. Las puntas de flecha de hueso de yacaré son iguales á las de los Guatós, y tambien ajustadas por medio de la resina yatuba. Fuera del arco y las flechas no poseen otras armas, y les sería tambien muy molesto el tener que llevar más objetos en sus largas correrías por los campos. El arco y las flechas pesan poco; de este modo, el acto de cargar algo está reservado para el momento en que han conseguido una presa, la que no podrian aprovechar del todo si estuvieran lejos de sus viviendas, y se vieran recargados con otras armas, como la lanza, por ejemplo.

Cuando consideramos sus trabajos de dibujo, que se manifiestan en el ornato del cuero de jaguar, tenemos que buscar el origen de los diseños, pero esto es difícil de determinar. Hoy dia no tienen los triángulos que dibujan, más significacion que la de adorno, lo que cada generacion toma de la precedente, sin darse cuenta que querian expresar con estos dibujos las precedentes. Naturalmente estos dibujos se relacionan con sus supersticiones y brujerías las que en un principio eran representaciones gráficas de animales y objetos que tenían influencia sobre su vida moral y económica. En su origen, el dibujo habrá indudablemente sido parecido al animal ó objeto útil, despues lo modificaron en un esquema con líneas más ó menos rectas que son más fáciles de trazar; dado este paso vieron que era más cómodo aún dibujar con líneas rectas é hicieron poligonos, segun el número de las extremidades del respectivo animal. Entonces vino el amor propio como factor en el dibujo, el que se manifestó en conseguir dibujar tantas esquemas como fuese posible sobre un objeto (las figuras que siguen representan uno de estos) para lo que el dibujante elegia la forma que le permitia con-

seguir el mayor número sobre un espacio limitado, como triángulos y rombos, los que entonces, con el lapso de tiempo y el *hocus pocus* de sus médicos, adquirieron una significación misteriosa, que hoy no saben explicar, pero que creen servir para conjurar desgracias cuando hechizan.



K. v. d. Steinen (1) halló entre los indios del Matto-Grosso septentrional, dibujos semejantes, que eran facetas sobre paredes y objetos diversos, entre cuyos dibujos figura el esquema 3. Cuando pidió el nombre de los dibujos, le dijeron que pertenecían á pescados y cuando preguntó el motivo, descubrió que cada ornamento significaba un sér del reino animal, lo que se repitió en casi todas las tribus que visitó, recibiendo cada tipo de dibujo el nombre del mismo pescado que habían designado también las otras tribus. También encontró dicho explorador dibujos que representaban triángulos, declarando los indios significar murciélagos, ó también *ulavis*, como llaman á los objetos con que cubren las mujeres sus partes genitales. Los dibujos parecidos á una X como el del esquema, declararon que representaban vértebras de peces. Volviendo al dibujo actual de los Bororós, si lo observamos en el cuero de jaguar, descubrimos una modificación y aumento, hecho en los últimos tiempos, el que consiste en una cruz grande en medio del cuero, la que ocupa el lugar principal. Es natural que una tribu de indios tan aficionada á sortilegios aceptara con alegría una nueva figura, que además les era enseñada como el único talisman que puede salvar al hombre. Tal cosa les fué justamente conveniente y se la explicaron y aplicaron según su modo de ver, pues no la consideraban solamente igual en fuerza á sus esquemas antiguas, sino que la introdujeron como factor principal, y dieron á los dibujos anteriores un lugar secundario. Esta cruz es también todo lo que

(1) Karl von den Steinen. Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens.

conocen del cristianismo. Fuera de los cueros pintados no conozco otro objeto que adornen con dibujos.

Si hablamos de los vestidos de los Bororós, debemos referirnos principalmente á los indios que no trabajan en las estancias del establecimiento de Descalvados, y si de los que se ocupan de la caza durante todo el año. Estos Bororós visten solamente pantalones y camisas cuando van al establecimiento; de otro modo andan completamente desnudos, ó se atan un pantalon alrededor de la cintura cuando van á parajes en donde encontrarian gente civilizada. Estos Bororós sin vestido alguno, tienen siempre una cuerquita alrededor de la cintura con el objeto de sujetar el pene, cuyo glande adornan con una especie de sombrero hecho de hojas tiernas de palmera, al cual los brasileros llaman «corvato», el que es hecho en forma cónica. Cuando se aplican esta cubierta, hacen pasar el prepucio por la abertura pequeña á la parte mas angosta de la corbata, de modo que la parte mas ancha asienta en el glande, empujando éste al scrotum. Hacen esta violencia al pene cuando el muchacho ya comienza á experimentar á menudo apetitos carnales y erecciones. El aparato tiene por objeto alargar el prepucio para que el glande no quede descubierto cuando el jóven se hace mas adulto. Esta especie de cubierta de paja la hacen de la manera siguiente: de una tira doblada de paja forman un anillo, de modo que el borde superior forme una pequeña abertura mientras que el de abajo tiene una circunferencia mayor. El motivo de esta precaucion es proteger el glande contra los ataques de ciertos insectos, como ser garrapatas, que eligen esta parte con preferencia, de modo tal que los cazadores en aquellas comarcas afirman que no es nada agradable el que las garrapatas se alberguen en parte tan delicada. El uso de esta cubierta tiene por consecuencia que el pene pierda su forma natural, semejando mas bien una bolsita alargada, de forma cónica, cuya extremidad se abulta por las arrugas del prepucio; de este modo no se vé forma alguna del glande, pareciendo más bien que no existe ya. Naturalmente, este proceder produce dolores al principio de su uso, y del cual el jóven no puede ya librarse. Cuando se ponen por primera vez esta especie de corbata, atan el prepucio antes con un hilo de algodón, para poder de este modo hacerlo pasar por la pequeña abertura de esta corbata, que enlace fuertemente la piel y no le permita contraerse. Si alguien cree ver en este aparato un principio de vestido ó un vestigio de pudor, se engañará, pues solo lo usan para impedir

el acceso á los insectos, como ya he dicho, á parte tan sensible; tambien me dijeron que era «para que no entra bicho». Por el contrario, adornan aún tal abrigo con flecos de algodón que tienen con urucú (véase la lámina del grupo, primero del lado izquierdo) ó tambien con plúmulas, para llamar la atención sin duda sobre esta parte del cuerpo. K. v. d. Steinen dice lo mismo de los Bororós del río San Lorenzo, y vió cómo adornaban esta corbata con una tirilla de hoja de palmera, que habian pintado con urucú, de modo que representaban una pequeña bandera. Además de esto usan tambien el hilo de algodón, que los más prolíjos tienen con ururú; con este hilo atan el prepucio, dándole varias vueltas. He notado que llevan siempre este aparato cuando van á cazar, mientras que cuando están en la aldea casi no lo usan, ó se lo atan con un hilo. He notado que los Bororós que trabajan durante el tiempo seco como camperos, y que visten pantalón y camisa, no llevan ninguno de estos utensilios, y solo vuelven á usarlos cuando van desnudos, y, como he dicho, de caza.

Las mujeres llevan siempre polleras mas ó menos largas, que les llegan, las más cortas, hasta las rodillas; en ambas aldeas siempre he observado que usan esta pieza de ropa, llevando tambien camisas algunas de ellas, las que comunemente son regalos que reciben de sus adoradores las jóvenes y las bonitas. Dice K. v. d. Steinen que cuando Langsdorf efectuó su expedición en 1824, las mujeres de estos Bororós iban aun desnudas. En iguales condiciones se hallaban cuando las visitó Rodolfo Wahneldt en 1863. El relatador de la expedición Langsdorf dice entre otras cosas lo siguiente: «Las mujeres tienen una costumbre singular; ignoro si lo hacen para cubrirse, en cuyo caso están lejos de tan laudable intención. Primeramente, quisiera decir que por este ú otro motivo se atan á la cintura un pedazo de corteza de diez pulgadas de ancho y lo hacen con tal rigor, que la carne sobresale en la region del estómago, de la barriga y de las caderas, lo que contribuye á desfigurarlas; pero para volver sobre tan extraña costumbre, tengo que agregar, que de este cinturón cuelgan por delante y detrás dos *filamentos* de 2 á 3 pulgadas de ancho.»

Wahneldt dice que llevan un cinturón de cuero de tapir de una cuarta y media de ancho del que sale una faja de liber de media cuarta de ancho, que cubre la vulva.

Rohde, que visitó estos indios en 1883, dice: «Las mujeres van tambien desnudas, pues su único vestido consiste en una tira angosta de corteza de tuna, que solamente oculta lo me-

nor parte de los órganos sexuales». K. v. d. Steinen dice sobre los Bororós del río San Lorenzo lo siguiente: «Las mujeres de los Bororós tienen también una suave faja gris de liber, la que, durante la menstruación es reemplazada por otra de color negro; solo la fijan á un cordón que rodea la cintura. Por delante, entrelazado de un ancho de 3 á 4 dedos, este se prolonga estrechándose sobre la vulva, hasta la espalda, en donde la ligan nuevamente al cordón de la cintura. También usan en vez del cordón un ancho pedazo de corteza que ajusta fuertemente el vientre.» De todos estos relatos, no he visto nada, é ignoro si alguna mujer llevará el cordón debajo de la pollera, lo que no creo, pues ahora que ván todas vestidas, no tendría el cordón objeto alguno; tampoco he oído decir á ninguno de los que viven desde hace muchos años cerca de esta tribu, que lo usen, lo que no hubieran dejado de mencionar.

Los Bororós se recortan el cabello, comunmente en círculo; pero, aunque no es de uso, lo dejan á veces crecer bastante largo á los lados y por detrás; esto es más frecuente en los viejos, que se lo atan con una cuerditita hecha del cabello de sus mujeres muertas. Las mujeres se dejan crecer el cabello, cortándose sólo cuando muere el marido, un hijo ó una hija, costumbre que observan también en este caso el padre y el abuelo, dejándose muy corto. Los casamientos se realizan del siguiente modo: el hombre, aún muy joven, procura asegurarse la posesión de una mujer, pues los viejos Bororós están siempre dispuestos á proveerse de varias mujeres, resultando de esto que las mujeres escasean. Pero por lo común se ven obligados á vivir con una sola mujer, y hasta muchos de los jóvenes que aun carecen de consorte procuran reemplazar á los maridos cuando éstos están ausentes. En la aldea cerca de San Matías, en Bolivia, escasean las mujeres, de las que he visto allí muy pocas.

Wachneldt dice sobre los Bororós lo siguiente: «Cuando se casan, no tienen más ceremonia que tomar tantas mujeres cuantas puedan mantener, ó mejor dicho, cuantas aparecen allí de otra parte. Casi todos los hombres casados tienen muchas mujeres, y algunos hasta seis, mientras que en la aldea de los Bororós en San Matías, había gran escasez de ellas, por lo que eran reemplazadas por muchachas de ocho y diez años». Yo también observé que muchachitas de diez años más ó menos ya tenían sus amantes. Este abuso precipitará, sin duda, la extinción de esta tribu.

No será demás que cite aquí nuevamente á K. v. d. Steinen,

que visitó solamente á los Bororós que vivían en los nacientes del río San Lorenzo, á los cuales les brasileros llaman Coroados. Este experto etnógrafo dice sobre el casamiento de los Bororós (Coroados) lo siguiente: «El consentimiento de los padres para casarse no se solicita; éstos no dán ni reciben nada. Si se oponen al matrimonio, se arma una gresca y la fuerza resuelve el asunto. El que cede, abandona la aldea. Todo está basado en el derecho del más fuerte. La jóven mujer queda con sus hijos en la casa de los padres. El jóven marido pasa la noche solamente allí con su mujer, viviendo de día en la «casa de los hombres», si no vá á cazar. Los jóvenes consortes tienen el fuego, en que cocinan aparte; la abuela habita á alguna distancia con sus nietos. Este modo de vida se prolonga hasta la muerte de los abuelos. Incumbe á la abuela el amamantar á las criaturas, pues conservan siempre leche como poder mantener á los pequeños, mientras que la jóven mujer vá con el marido á la caza ó á recojer nueces de palmeras del matorral. Los jóvenes buscan temprano el asegurarse una mujer, para lo cual observan dos costumbres en relacion con sus hábitos, los que son del mayor interés. El futuro marido es el designado para perforar el lóbulo de las orejas de su futura; si él no se casa con ella, ésta no se casará con el hijo de aquél; el que viste la primera vez al muchacho con el aparato de paja (de que ya he hablado), se emparenta con él y se casa con su hermana ó su tía».

Sobre la costumbre curiosa de aquellos Bororós, de pasar los jóvenes maridos y solteros en un «rancho de hombres» durante el día si no van á cazar, dice el mismo autor lo siguiente, en lo que se refiere á las mujeres que allí pasan el tiempo con los solteros: «Los brasileros me aseguraban que habia casos en que 30 á 70 hombres, uno tras otro, habian aprovechado la misma mujer, la cual era sujeta por piés y manos.» (1)

«En algunas partes recojen á las muchachas aun de día y

(1) Esta misma costumbre se halla entre los indios Chiquitanos en Bolivia, los que lo aplican á una mujer que sorprenden en adulterio, y á la cual el marido quiere castigar ejemplarmente; éste invita á sus amigos para ejecutar la pena y lleva la mujer al bosque, en donde ya se han reunido los convidados. Un amigo mio sorprendió una vez una de estas asambleas en la que se estaba realizando el castigo, en las inmediaciones de Descalvados y cuyos actores eran trabajadores chiquitanos de la fábrica. Esto no impide que estos mismos indios vendan á sus mujeres por unos pesos si se ven en apuros.

las adornan y pintan, pasando el tiempo entre bromas y retozos, ó ya procurándose las tarde de la noche. De este modo vimos una noche como los jóvenes solteros, que estaban echados delante del rancho, asaltaban un grupo de mujeres que volvían de una asamblea de lamento; á dos de ellas las hicieron prisioneras, lo que se ejecutó en lucha silenciosa, las envolvieron con unas mantas, de modo que no se les podía conocer y se las llevaron al rancho de los hombres; pero al día siguiente vimos que una de ellas era Maria la de los experimentos, de la cual la resistencia no se podía tomar á lo serio. «¿Ayer no te querías casar?» le pregunté. «Ahora ya estoy casada», me contestó, cómodamente echada bajo una cobija de color rojo junto al hombre preferido, al que acompañaba á cascar nueces de palmera.»

«Las mujeres del rancho recibieron de sus amantes flechas con puntas largas de bambú (taquara). Cada uno entregaba dos, que la muchacha en postura encogida recibía con gesto negligente. En una ocasión presencié la entrega de diez y ocho de estas flechas de amor á una sola muchacha. Ésta las entrega á su hermano ó al hermano de su madre. Las mujeres del rancho no se casan ya con un hombre solo. En caso de haber hijos, pasan todos los hombres del rancho, con los cuales tuvo relaciones, como padres. He oído decir que los actos de pederastia no son desconocidos en el rancho de los hombres, pero solamente aparece cuando se hace casi imposible la adquisición de muchachas». Ejercen mucha influencia sobre estos indios los médicos, y como casi siempre están de fiesta, en las que sin éstos no tendrían significación sus danzas, no se extrañará que dependan en todo de la voluntad del «brujo». Antes de ser cristianos, pretendían estos «brujos» que hablaban con el alma de los muertos y con los animales, los cuales les decían la causa de cualquier desgracia, enfermedad ó acontecimiento. Después de bautizarse pretenden que conversan con Dios mismo, y que les dice todo lo que vá á pasar y les manda cualquier alma que desean para consultarla. Esto sucedió cuando Cibils compró estos campos á los herederos del comandante Pereira Leite y se trasladó á la estancia Cambará; allí se le presentó el médico de los Bororós, comunicándole que acababa de hablar con el alma del comandante, quien le dijo, que en ese mismo año habría tal inundación que todas las haciendas se ahogarian, agregando aun otras aciagas profecías. Pero cuando recibió un poco de caña, se retiró detrás de unos arbustos para conversar nuevamente con el alma de Pereira,

volviendo despues con profecías más consoladoras. Los medicastros ejercen tambien la bendicion de ciertos animales que se cazan, sin la cual no es permitido al cazador el comerlos. La bendicion consiste en que el médico abre la boca del animal y le arroja humo de tabaco, murmurando palabras incomprendibles para los que presencian el acto; llévanse luego el mejor pedazo de la presa como compensacion á su trabajo, pues pretenden que en ciertos animales vive el alma de algun indio, y que en los de mejor gusto para el paladar, se hallan las almas de médicos que causarían la muerte del cazador, si no se les conjurara. Fuera de estos cargos, se ocupan naturalmente de la curacion de los enfermos. Los medios de curacion son curiosos: chupan la piel del enfermo en diferentes partes del cuerpo, arrojando luego de la boca pedacitos de madera ó de hueso que han introducido previamente, asegurando al enfermo que aquello ha ocasionado su indisposicion, haciendole creer que tales objetos los han extraido de su cuerpo. Mientras ejecuta esta operacion, el médico fuma con gran empeño y sopla con el humo todas las partes del cuerpo, en medio de movimientos convulsivos, los que acompaña con palabras incomprendibles. Waehnelde dice sobre eso lo siguiente:

« Presenciaba la curacion que efectuaba este padre (el médico), la que se consistía en chupar diferentes partes del cuerpo, fumando además su pito, del cual mascaba la boquilla; cada vez que dejaba de chupar al enfermo, escupía pequeños trozos maseados de la boquilla, persuadiendo al enfermo que éstos eran la causa de su enfermedad. »

En cuanto á la bendicion de la presa, dice K. v. d. Steinen lo siguiente de los Bororós del rio San Lorenzo:

« La bendicion se efectuaba de la misma manera como cuando se procede á hacer revivir á un muerto. La lógica es muy sencilla. Los animales que hay que bendecir en primera linea, son justamente los mismos en los cuales pasan los baris (médicos) muertos; y los baris se transforman despues de la muerte en los animales que se consideran como la mejor presa. Por lo tanto es necesario convencerse de que el animal cazado no se le puede ya resucitar; en eso consiste la bendicion. Se habia pescado un gran pez que llaman jahú (*Pseudopimelodus xunigarro*); medía cerca de un metro y medio de largo, por lo que no es posible asarlo entero. Llevaron este pez al rancho de los hombres; un bari se arrodilló á su lado y comenzó á temblar fuertemente, cerró los ojos, bamboleó terriblemente delante de la boca con la mano derecha, que tam-

bien apretaba con energia sobre ésta, y empezó entonces á soplar y á gritar *vai, vai*, echando la cabeza hácia atrás y aspirando el aire; despues sopló al pescado de arriba abajo, lo golpeó suavemente de todos lados, rociólo con saliva, le abrió la boca, gritó y le escupió dentro, cerrándosela en seguida. Este procedimiento lo ejecutó sin pérdida de tiempo, pues solamente duró tres minutos, y lo observé con el reloj en la mano. Despues tomó un cuchillo, despostó el pescado y se tomó el trozo, que yo tambien me hubiera llevado. Los animales que forzosamente hay que bendecir, son primeramente los grandes pescados: jahu, pintado (1) y el dorado (2); despues el capybara (3), el tapir y el yacaré (4). Sobre todo necesita de tal ceremonia la cabeza del tapir, y á ningun otro que al bari le es permitido comerse la trompa y la cresta del pescuezo, partes que contienen la carne más tierna. No solo de éstos sino tambien de otros animales pertenecen las mejores partes al bari. El mismo sistema se aplica á algunas frutas, pero siempre á las más esquisitas. Si se coje un pez que está sometido á la ceremonia y no se halla presente un bari, hay que ponerlo en libertad; pero esto rara vez sucede, porque como hay muchos baris, se halla siempre presente alguno para no perder la ocasion de llevarse la mejor parte.» En las aldeas de los Bororós que visité se ejecutan aun las mismas ceremonias, pero solamente cuando la presa se ha llevado allí mismo; de otro modo se comen cualquier animal sin escrúpulo alguno y los médicos ó baris tienen solamente importancia en cuanto se trata de curar ó dirigir las ceremonias en sus danzas y acontecimientos.

Pasando ahora á las ceremonias y costumbres en la inhumacion de sus muertos, he podido saber, que el entierro, no se lleva á cabo inmediatamente, sino cuando ya comienza la putrefaccion. Mientras bailan y se lamentan alrededor del ataúd, y cuando se efectua el entierro, los parientes rompen sus arcos y flechas, quemándolas con otros de sus adornos para darle todo lo que pudiera desear el muerto y para que quede satisfecho y no vuelva á molestar á los vivos. Cuando visité los Bororós de la aldea cercana á San Matías, habia muerto una muchacha y estaba ya enterrada hácia tres dias;

(1) *Pseudoplatystoma corruscans*.

(2) *Salminus brevidens*.

(3) *Hydrochoerus hydrochoerus*.

(4) *Caiman sclerops*.

encontré al padre, un viejo indio, y al abuelo sentados en el suelo de su ramada completamente desnudos y el cuerpo cubierto de barro y ceniza. Tenian ambos el cabello muy corto, y se ocupaban en beber una chicha amarilla que las mujeres preparan de la pulpa exterior de frutas de palmeras, y de la cual habia en gran cantidad junto á la enramada, en vasijas de barro grandes y chatas; la madre se hallaba en el cementerio en donde lamentaba la pérdida de su hija. A mi pregunta de si tenian arcos y flechas, contestaron que las habian roto todas en señal de duelo, y que ahora por mucho tiempo no iban á cazar, por lo cual no las necesitaban.

El entierro que practican es solo provisorio, hasta que desaparece la carne; despues exhuman el cuerpo, limpian los huesos y adornan el esqueleto con plumas y ururú enterrándole luego definitivamente en canastas de hojas de palmera ó en bolsas con dibujos hechos de piel de jaguar.

Los Bororós de Descalvados dejan ahora enterrados á sus difuntos de uno á dos años antes de proceder á la inhumacion definitiva y empleando siempre como envolturas, en ambos entierros, pieles de jaguar. No ha mucho tiempo, estos mismos indios efectuaban la exhumacion pocas semanas despues del entierro para limpiar los huesos de la carne que aun quedara adherida. Con respecto á las costumbres de los Bororós, dice Waehneldt refiriéndose al modo de enterrar sus muertos lo siguiente:

«Las ceremonias del entierro y de duelo, tienen lugar en medio de sus aldeas, en el cementerio mismo, el que es una especie de corral de cinco metros de diámetro mas ó menos.

«Nos mostraban los huesos limpios del indio mas viejo, el que habia muerto hacia pocos meses y el cual habian exhumado despues de haber permanecido el cadáver seis meses bajo tierra, estando estos huesos libres de toda envoltura y su número completo. Todas las noches iban á visitar su tumba y prorrumpian en cantos lamentables, mientras que adornaban con todo esmero el cráneo con plumas de guacamayo, cubriendo cada hueso con plumas de muchos colores. Estas ceremonias duran várias semanas, despues de lo cual encierran estos en vasijas (1).

(1) Waehneldt ha tomado erróneamente los cementerios de los Xarayes como de antiguos Bororós, los que encontrando urnas fúnebres en la tierra, las utilizaron con el mismo fin que los pueblos que las fabricaron. Al principio de este trabajo, he demostrado á qué naciones pertenecen estos cementerios.

« Pero estos honores solo se llevan á cabo para honrar la memoria de aquellos que mas se distinguieron como guerreros, cazadores, ó de otra manera. Al morir un individuo, no lo entierran inmediatamente; queda su cadáver durante tres dias intacto en la cama [mortuoria, hasta que la descomposicion ha comenzado, exhalando el cuerpo olores nauseabundos; al tercer dia lo envuelven en pieles, esteras y hojas verdes y lo depositan en la tumba cubriéndole con tierra, hojas de palmeras y esteras. La tumba se halla en medio de la aldea manteniéndola con mucho aseo. Tiene el aspecto de la de un cementerio europeo. » K. v. d. Steinen presenci6 la ceremonia del entierro entre los Boror6s del rio San Lorenzo, cuyos procedimientos relata detalladamente, y que son de gran inter6s. Dice lo siguiente: « Asistimos, entre los indios del rio San Lorenzo á dos entierros; el primero tuvo lugar á nuestra llegada, y el segundo, que quisiera describir, lo hemos presenciado desde el principio hasta el fin. El primer entierro tiene lugar al segundo ó tercer dia, cuando ya la putrefaccion excluye toda duda sobre la muerte del individuo. El entierro se efectúa en el bosque, cerca del agua, y despues de quince dias se le descarna entonces lugar la fiesta principal, cuyo objeto es el adorno y embalaje del esqueleto. Mientras esto dura se mantienen relaciones con el muerto por medio de canciones lamentosas en el rancho (casa de los hombres) tanto de dia como durante la noche, lo que no se hizo esta vez con gran pompa, porque se trataba de la muerte de una mujer. La fiesta principal recay6 en un domingo de pascua. En el dia anterior ya se habian ejecutado con gran celo los trabajos preliminares; entre otras cosas que preparaban, pulian y pintaban tablillas para producir sonidos agudos y r6pidos haciéndoles girar en el aire por medio de una cuerditita. Tambien se ocupaban en el arreglo de sus adornos, mientras un bari que se lullaba sentado en un rincon, cantaba por int6rvalos y con negligencia, sacudiendo unos porongos con semillas secas en su interior. El viudo Coqueiro encerrado en su enramada, se laceraba los brazos y las piernas, hasta que se cubrian de sangre coagulada. Entrada ya la tarde se realiz6 la destruccion de los bienes de la difunta, ó mas bien, de los bienes de toda la familia que habitaba con ella la misma enramada, procediendo con pantomima tan interesante, que merece describirlo con detenimiento.

« Varios Boror6s aparecieron detras del rancho de los hombres vestidos de gala, con el cabello y el cuerpo untado

de urucú, la frente encuadrada con líneas negras barnizadas y provistos de la corbata de fiesta y con la bandera pintada, agregada á ésta; tenían los brazos y el cabello adornados de plumas verdes de loro y en la cabeza dos paricos (diadema de plumas). Mientras tanto dos de ellos se sentaron sobre una esterita sacudiendo sus porongos. Coqueiro tomó dos ataditos de hojas frescas, las arregló en forma de pinceles y los lijó sobre la espalda del joven mejor adornado, y sobre los brazos, las rodillas y las articulaciones de los piés. Este Bororó, con tal adorno de follaje, representaba al difunto en su estado actual, el que habían cubierto con hojas verdes. Cuatro hombres se acercaron con una bolsa, sacaron de ella ropas de la mujer de Coqueiro y las colgaron sobre el representante del muerto á quien designan con el nombre de el «verde», el que suspirando se hamacaba sobre sus rodillas. También los demás se pusieron colgajos de ropas, y uno de ellos un cuero de jaguar; entonces dieron al «verde» una flautita de calabaza adornada de pequeñas plumas blancas, comenzando á ejecutar una danza. Uno de los circunstantes con dos calabazas-cascabeles principió el baile; detrás de este bailaba el verde siguiéndole cuatro más, cantando los seis en coro y bailando dando saltos de derecha á izquierda y al revés, hasta llegar al rancho, de donde regresaron, formando despues un círculo en el suelo con sus pisotones. De pronto hicieron una conversación y comenzaron á correr en desorden, dirigiéndose al bosque, en donde desaparecieron. Con la pequeña flauta que tocó el verde, llamaba el muerto á otros dos difuntos que yacian en la tumba hacia mucho tiempo. Estos debian presenciar la entrega de los bienes, llevar al nuevo compañero y convencerse de que nada quedaba de éste que pudiera mas tarde reclamar, haciendo á los vivientes visitas desagradables. Despues de un cuarto de hora volvió la cuadrilla á la carrera en medio de una terrible griteria, llevando dos figurones á la espalda; eran dos figuras horrosas, embadurnadas de fango del rio desde la cabeza hasta la punta de los pies. Estos espantajos de barro daban gritos de fieras, y saltaban como grandes moscardones zumbando y silvando con las tablitas, agitadas por el aire. Ningun ser femenino pudo verse en los alrededores y las enramadas parecian abandonadas tapada la entrada con una estera.

«En medio del círculo, que anteriormente habían formado en su marcha, encendieron con gran celo un alegre fuego, despues trajeron un monton de diversos útiles, canastas, pan-

tallas, tirillas y cinturones de corteza, una cobija colorada, muchas espigas de maiz, calabazas, caracoles, arcs, flechas, etc., rompiendo y arrojando todo de modo á formar un monton. Luego se produjo cierto órden en la escena, los hombres rodeaban el fuego formando un círculo y bailando y saltando con ambos piés á la vez, de un modo lento, alrededor del fuego. En seguida, los dos enlodados agarraron al «verde» oprimiéndolo en sentido vertical. Mientras tanto seguian sonando las calabazas y las tablitas y el fuego ardía en grandes llamaradas.

«A todo esto, lo más curioso del espectáculo, segun mi opinion, era cuando curaban los dos muertos á una mujer enferma que habia aparecido de pronto allí, no sé cómo. La soplaban y le aseguraban probablemente, que no la llevarian tan pronto. Algunos corrieron al rio y arrojaron hachas y cuchillos al agua. Coqueiro atizó el fuego, se suspendió la danza y los cantos, los adornos de plumas fueron depositados junto al fogon, á los cuales agregó el «verde» sus guirnaldas y los baris se arrodillaron uno tras otro en línea, arrojándoseles agua. La noche que siguió fué de interrumpidos cantos, á los que agregaba á menudo la palabra «aróe». No se encontraba un solo habitante en las enramadas ó en el rancho de los hombres; todo el mundo se hallaba afuera. A la mañana siguiente penetró en el rancho de los hombres una larga procesion encabezada por el cacique; todos tenian ramas verdes en las manos; en medio de ellos iba el hermano del difunto con la bolsa en forma de canasta, que guardaba el esqueleto que habian desenterrado y limpiado esa misma mañana. Esta canasta fué puesta sobre una estera; entre cuatro hombres sacaron el cráneo con la mandibula inferior blanca y luciente, las que comenzaron á adornar junto con una nueva canasta. El cacique se hallaba sentado sobre un cuero de jaguar, con el cabello y la piel pintados de rojo; tenia alrededor de la cintura una rama de la palmera acuri y fijo á la espalda plumas negras y azuladas del mitú; colgaban de sus orejas pieles del pecho color naranja del tucano. Adornaba su cabeza el parico, el más bello de todos sus adornos (una diadema de plumas), además, una cadenita de caracoles puesta en el agujero del labio inferior. A su lado se hallaban cuatro baris adornados con paricos, los que sacudian entre sus manos y con recelo los porongos sonadores, dando saltos y golpeando el suelo á compás con sus piés, manteniendo los ojos cerrados.

«El rancho estaba completamente lleno de gente, sobre todo de mujeres y criaturas; éstas cantaban y palmeaban á compás.

Algunas mujeres se acercaron á la canasta que encerraba los huesos y pusieron sus manos sobre ésta; la mayor de ellas se laceró los brazos con un pedazo de vidrio, lo que ejecutó por medio de rápidos y cortantes tajos, cuya sangre goteaba sobre las manos de las otras mujeres tiñendo la paja de palmera de la canasta.

«La mandíbula inferior del muerto, fué untada primeramente de urucú por los jóvenes que se hallaban en el medio del cuarto. Esta sustancia la tenían sobre una estera, depositada en la coraza de un tatú, lo mismo que un pequeño pote con aceite de pescado, una valva con resina (yatubá), una esterita con plumas blancas y un pote grande lleno de pequeñas plumas rojas. Mientras que unos pintaron por dentro y fuera la nueva canasta, á la cual adherían plumas, los otros se dedicaron al arreglo y adorno del cráneo, al que ajustaron la mandíbula inferior, y pegaron con resina escrupulosamente pequeñas plumas purpúreas, principiando por la parte posterior de la cabeza. Cada plumita era untada en la punta con resina, pegándolas una por una. Mientras tanto, llegó Coqueiro conduciendo de la mano una criatura. Se sentó sin proferir palabra, llorando y sollozando, y sin llevar otro adorno que un cordon negro alrededor de la cintura, hecho del cabello de su mujer. Sus mejillas estaban humedecidas por las lágrimas, y apretaba los párpados como si experimentara dolor á causa del llanto. Se cubrió con lentitud la bóveda del cráneo con un terciopelo rojo, formado por las plumitas de guacamayo. El que necesitaba limpiarse las manos lo hacia en la canasta. Una parte de los concurrentes no hacían ya caso de la fiesta. Los niños jugaban alegremente; algunos hombres, entre otras cosas, se ocupaban en comer los granos de maíz de las espigas; varias mujeres expurgábanse entre ellas de los parásitos de la cabeza, cantando mientras tanto con toda devoción.

«A la larga, era aturdidora la batahola que producía el conjunto de ruidos de toda especie; agregándose á todo esto un tocador de tamboril con los brazos cubiertos de plumas de loro. Esta ceremonia parecia interminable, pues se renovaba con frecuencia. Siete mujeres se acercaron al ataúd, se rasguñaron y pusieron los piés sobre éste, de modo que la paja se empapara con su sangre. Las heridas que se inferían distaban entre sí de dos á tres centímetros una de otra, cubriéndoles las piernas, los brazos y los pechos, como una red hasta el vientre. Sin embargo, su fisonomía tranquila no demostraba el dolor que les producirían estas desgarraduras

de la piel, que hacian con muy rápidos movimientos. Cada una envolvió el pedacito de vidrio en una hoja entregándosele á Coqueiro; luego se sentaron á su lado. Pero esto parecia no concluir nunca, pues nuevos grupos de mujeres se acercaron para continuar con la ceremonia del rasguñamiento, haciendo como las anteriores, pero ántes de desgarrarse la piel, cada una mojaba en los lóbios el pequeño trozo de vidrio. A todo esto, no cesaba el ensordecedor movimiento de los instrumentos del canto y del pisoteo. Con una resistencia increíble bailaban los autores.

«En uno de estos momentos ví á Coqueiro inclinarse sobre la canasta y lacerarse los brazos, mientras que una mujer con su criatura á la espalda, se le ponía al lado. Ya era cerca de mediodia cuando prepararon el cráneo y el ataud. El capucio rojo del cráneo estaba atravesado por una línea del través de un hermoso color amarillo en la direccion de la sutura coronal. La canasta que servía de ataud estaba cubierta de plumitas adheridas de un blanco nivaceo, teniendo á modo de ventanillas á cada lado, dos hileras de rectángulos rojos, en medio del blanco.

«En verdad que era un trabajo muy esmerado el que habian ejecutado en la confeccion del ataud estos groseros cazadores. Éste era el momento en que se iba á producir un acto especial: la bendicion del cráneo y del nuevo ataud. Se construyó una especie de capilla ó santuario, para lo cual colocaron cinco arcos en semicírculo, revistiéndolos con esteras y colgándoles telas encima y á los costados, en medio del cual se depositó la adornada canasta, tres tablillas giratorias, aún sin dibujos, paradas en el ataud, y el cráneo sobre una pequeña estera cubierta de plumas sueltas; el barí mas activo, se sentó á la entrada, cuyo cuerpo con el del tocador de tamboril detrás, en este instante sin su instrumento, cerraba la entrada. Para consolarles, se habia puesto en el catafalco dos potes con agua del río, de un color amarillento, y tres cigarros; Principiaron despacio, con voz profunda, un canto, el que acompañaba el barí sacudiendo en cada mano la calabaza cascabel. Los demás se sentaron alegres alrededor del catafalco, diciendo chistes, y respondiendo al canto solamente al final. Pero poco á poco se animó el canto; algunas voces mujeriles intervinieron vigorosamente, teniendo que esforzar la voz los cantantes del catafalco durante tres cuartos de hora, con lo que agotaron sus fuerzas. Se inclinaban sobre el nicho para beber, pero sus cuerpos se sacudían de tal modo que parecían azogados, de modo que era menester sostenerles el pote con agua. Luego se quitaban el sudor y balbuceaban apenas unos sonidos inarticulados, los

que eran contestados por el coro al unísono con varios zumbidos retenidos de reconocimientos. Temblorosos fumaban sus cigarros, arrojando sus abrigos. Seis hombres, entre ellos Coqueiro, sacudían sus cascabeles, cantaban y bailaban, siempre con los ojos cerrados, concentrados en sí mismo. También nosotros bailamos y sacudimos los cascabeles por un rato, lo que causó gran alegría entre los indios. Solo uno que otro descansaba ocasionalmente algún rato, fumando mientras tanto con gran premura su cigarro, y escurriendo con la mano el sudor que corría á chorros por el cuerpo de sus seis compañeros. Gran número de mujeres acompañaban el canto, empleando las unas el tiempo en buscarse piojos, y las otras de pié detrás de los hombres, haciéndoles nire. Muchos hombres se hallaban echados en gran número á lo largo de la pared, descansando. De repente se produjo una pausa general por una vez solamente, pero despues de tres ó cuatro minutos el cacique hizo sonar el porongo en señal de que el acto continuaba. Todos los huesos de la difunta fueron untados uno por uno con urucú; el fémur, húmero, radio, tibia, la pelvis separada en dos partes, las costillas, tarsos, carpos hasta la última falange del pié. Si de los huesos corría demasiado aceite, se les cubría con bendajes de tela y esterillas por debajo; nada debía perderse. Luego se limpiaban las manos en las ramas de palmeras. Con gran cuidado fueron envueltos aparte en hojas los pequeños huesos de las manos y de los piés y éstas, como todas las partes del esqueleto depositados en la canasta; despues agregaron tres pantalones (la difunta era una mujer!) una bata, tres camisas, y por fin, las ramas usadas de palmera, todo lo cual debía entrar en la tal canasta, la que ya estaba tan llena que parecia próxima á reventar. Fué cosida con una aguja de madera como de un pié de largo siendo necesario que el cacique empleara sus fuertes puños para poder cerrarla completamente. Las ramas de palmera que sobresalian por ambas extremidades fueron cortadas.

«A las cinco y cuarto todo estaba pronto; se cantó todavía un momento, pero ya habia desaparecido la mayor parte de la concurrencia y se habia hecho un vacío lúgubre; concluyendo la funcion sin ninguna solemnidad: cesó simplemente. Moguyokuri (el cacique) me pidió la pipa para fumar; charlando tranquilamente. La ceremonia habia terminado por completo; ya nadie se ocupaba del asunto. Una vieja cargó con la canasta sobre sus espaldas, precedida de un joven que iba tocando la gran flauta fúnebre de melancólico sonido.

«Así marcharon ambos á la luz crepuscular de la tarde, la vejez y la juventud, cuadro que causaba impresion sentimental, digno de un cuento de hadas. Entregaron la canasta, con voces lamentosas, á Coqueiro, que se hallaba sentado bajo su ramada vacía, volviendo apresuradamente á juntarse con los demás. A Coqueiro no le habia quedado nada, por lo cual sus amigos fabricaron arcos y flechas, y se los regalaron. Al tercer dia despues de la ceremonia, ésta se llevó la canasta por la mañana y una mujer con igual carga la siguió. Es costumbre que un difunto *espere* hasta que haya otro, dejando entonces la aldea ambos.

«Nadie hizo caso de esta ceremonia, y se podia creer que llevaban dos canastas de mandioca. Pero luego se vió llegar apresuradamente á cuatro jóvenes, que siguieron á los conductores; el primero hizo girar la tablita zumbadora, el segundo y tercero dieron voces espantosas, y el cuarto arrastraba una rama de palmera para borrar las huellas del paso y dificultar así el regreso de los muertos. No se veía ninguna mujer. Uno de los cuatro jóvenes del séquito tenia tambien una azada.

«Las canastas fueron enterradas, supongo que en una pequeña isla rio arriba.»

Antes de terminar mencionaré dos visitas que hice á las aldeas hororós de Descalvados y de San Matías. Acompañado de un indio que me sirvió de vaqueano, anduvimos unas ocho leguas pasando por campos y lomadas arboledas hasta llegar á una lomada más elevada que las anteriores donde estaba la aldea, cuya proximidad anunció con sus ladridos fatigados una cuadrilla de perros flacos que olfateaban desconocidos próximos á la aldea de sus dueños. Paramos en la primera enramada donde vimos unas cuatro ó cinco mujeres de todas edades, ocupadas en cocinar frutas silvestres y fabricando la más vieja, un pote de barro, al que daba la última mano, alisándolo con una valva de molusco. Despues de haber dispersado las mujeres á los perros, bajamos á tierra para hacer conocimiento con los habitantes de las enramadas. El vaqueano me presentó en su idioma á las indias y les dijo, sin duda, que en mis alforjas llevaba unas botellas de caña, pues en poco tiempo me vi rodeado por unas veinte indias pidiendo este líquido favorito. Solo encontramos dos hombres en la aldea, pues la mayor parte andaba en procura de caza ó trabajando en las estancias del establecimiento. De los dos presentes uno era idiota, llamado Canario, bien conocido en todo el establecimiento.

Las mujeres que se habian juntado alrededor de nosotros

pedian caña y les entregué una botella mientras mi vaqueano les dió las noticias de sus compañeros. Cuando hubieron tomado el licor, con alaridos y careajadas, y vieron que no poseía más de esta bebida, se retiraron á sus ramadas sin preocuparse más de nosotros. Mi vaqueano que tenia allí su compañera ó iba á saludarla, era un indio de los Bororós del río San Lorenzo llamados Coroados. Tuve así la prueba más evidente de que los Coroados son Bororós pues no se distinguió en nada en su idioma de los Bororós nacidos en esta tribu.

Hice un paseo por la aldea para procurarme una impresión del estado de la cultura de sus habitantes, pero tengo que confesar que cosa más desconsoladora no ví nunca. Las míseras enramadas estaban siempre retiradas como media cuadra una de la otra; cerca de algunas ví plantas de mandioca y una que otra planta de maíz, las que no eran bastantes para poder mantener á su dueño durante quince días; esparcidas, habian algunas palmeras de coco y árboles de urucú, lo demás estaba ocupado por hierbas inútiles de todas clases tan abundantes que solo dejaban la comunicacion entre las diferentes habitaciones por angostísimos caminos. Como no viera nada que llamara mi atencion, me dirigí á la enramada más próxima para inspeccionar el interior de estas viviendas. Tambien en éstas se hallaba todo en el estado más primitivo posible; la cama que poseían algunas, consistía en cuatro postes con orquetas en las que se hallaban otros palós horizontalmente puestos, cubiertos éstos densamente con cañas de dos centímetros de grueso, formando todo esto la cama y sirviendo de colchon un cuero de ciervo ó de puma y nada más. Vi tambien hamacas, pero éstas no son producto de los Bororós, sinó abandonadas por los camperos á las mujeres de estos indios.

La alfarería que fabrican y de la cual se sirven para la cocina es lo más simple y en general mal hecha; en cada enramada habia algunos de estos potes, los que tienen casi todos la misma forma y tamaño. Ellos usan el pote exclusivamente para hervir la comida y guardar los líquidos en calabazas grandes, sea agua ó chicha. Usan tambien las calabazas para guardar diversos objetos; un indio me mostró una calabaza grande llena de plumas de avestruz (*Rhea americana*) y en otras ví maíz y frutas silvestres. Tambien usan canastas hechas de hojas de palmeras, en forma de bolsas cortas (véase la lámina del grupo de los Bororós), en las que guardan diversos objetos como puntas de flechas y herramientas, que llevan consigo en

sus correrías por los campos. Observé casi en cada ramada gran cantidad de los pedúnculos de la eflorescencia de una caña floja, los que les sirven como astiles en sus flechas y que son el material más indispensable para la construcción de esta clase de proyectiles. El arsenal se halla siempre sobre unos tiranti los cerca del techo.

Mencionaré una costumbre singular de las mujeres, que pude observar á menudo; consiste en que las mujeres crían animales silvestres con su pecho de modo que se vé muy á menudo que amamantan chanchitos monteses (*Dicotyles tajacú*) y cuatís (*Nasua socialis*), los que se amansan de una manera admirable siguiendo y acompañando á sus madres adoptivas, y cuando éstas estan sentadas se le suben en las faldas para acostarse ó para mamar. Como no poseen vacas para procurarse leche, no podrian criar animales silvestres si no diesen de la propia de ellas; entre las indias Chiquitas, en Bolivia, he visto á menudo la misma costumbre. En la aldea de los Bororós se ven tambien pájaros que crían, como la seriema (*Cariama cristata*), loros habladores (*Crysolis æstiva*), guacamayos colorados (*Ara macao*) y azules (*Anodorhynchus hyacinthinus*), abundando éstos mas que los guacamayos colorados. Cuando han arreado cierto número de animales y aves los llevan á Descalvados para venderlas recibiendo en general un precio insignificante por sus trabajos ó las regalan á la gente de allí.

Poco despues tuve ocasion de ver la segunda aldea de los Bororós, en Bolivia; ésta queda dos leguas al Sud de San Matías sobre el camino que vá de Descalvados á San Ignacio. El vaqueano que llevaba era un paraguayo y habia ya estado en aquella aldea. Salimos á medio dia de la última estancia perteneciente al establecimiento de Descalvados «Tremedal» y, despues de una hora de trotar, cruzamos la frontera boliviano-brasilera, formada allí por un arroyo llamado «Curiche». En ese punto se halla un destacamento de cinco á ocho soldados brasileros mandado por un sargento ó teniente, los que deben vigilar la frontera é impedir que pasen bandoleros de Bolivia que vienen á robar animales vacunos del gran establecimiento de Descalvados, pero sucede que á menudo hacen causa común con los bandidos.

Desde el «Curiche», teníamos todavia que hacer una legua hasta llegar á la aldea; el camino nos llevaba principalmente por entre bosques y claros, cubiertos éstos con pasto alto que alcanzaba hasta la barriga de los caballos, pero que no se utiliza por falta de gente y animales. Llegando á un gran claro

vimos como á cuatro cuadras, sobre una lomada elevada donde el bosque formaba el fondo, resaltar unas enramadas que formaban la aldea que íbamos á visitar. Pasando por el claro llamo noté al pié de la lomada varios pozos de agua, simples agujeros de un medio metro de diámetro; de un lado conducian escalones trabajados en la tierra hasta el nivel del agua que ya aparecía á la profundidad de uno y medio á dos metros, los pozos estaban prolijamente trabajados. En la primera enramada encontré la ya mencionada familia enlutada y como allí no conseguimos nada, visitamos las otras viviendas. De un Bororó, pintado con líneas negras y coloradas en el cuerpo y la cara desnuda, que se preparaba á la caza de jaguares, conseguimos en compra algunos objetos. Este indio, lo mismo que algunos otros viejos Bororós, poseían grandes agujeros en los lóbulos de las orejas, de tal tamaño que el dedo chico fácilmente entraba en la abertura lo que probablemente proviene del uso de adornos, por ejemplo, de diente de carpincho (*Hydrochoerus hydrochoerus*), ú otros animales. Entre los Bororós de Descalvados no he observado agujeros en los lóbulos de las orejas y los jóvenes de esta aldea no los poseían perforadas. La aldea se compone de unas veinte enramadas de la misma construcción y provistas con los mismos objetos que las de la aldea de Descalvados. Las paredes y techos eran de hojas de palmera y una que otra vivienda poseía puerta formada por una estera del mismo material.

Todos los Bororós llevan sobre el pecho un talisman que consiste en un diente de aguará-guazú (*Canis jubata*) ó de un gato montés (*Felis pardalis*); opinan que con llevar un diente canino del respectivo animal adquieren las propiedades más remarcables de la fiera. Tuve gran dificultad en conseguir este talisman (lámina I figura 2) y, sobre todo, mi vaqueano hizo grandes esfuerzos para obtenerlo, pues estaba convencido de que tal diente, raspado, es el mejor contraveneno para las picaduras de víboras bravas, y creía tanto en el buen éxito del remedio como los indios en que el diente los protege contra desgracias. Cuando el vaqueano trató de obtener estos talismanes de las criaturas que también los llevaban, se interpusieron categóricamente las madres y dijeron: «No haremos desgracias á nuestros hijos».

El cariño que tienen estos indios á sus hijos es grande. Vi á un Bororó al que se le había muerto un hijo; se entristecía más y más y repetía sin cesar: «Comeré tierra hasta que me muera».

EXPLICACION DE LAS LÁMINAS

LÁMINA I

Grupo de indigenas Bororós.

LÁMINA II

Fig. 1 - 2, Flecha para la pesca.

» 3 - 4, » » la caza.

» 5, Arco.

» 6, Collar de dientes de jaguar.

» 7, Amuleto ó talisman (diente de aguará-guazú).

» 8, Diadema de uñas de jaguar.

» 9, Cuero de jaguar con dibujo.

LÁMINA III

Fig. 1 - 3, Puntas de flechas de tacnara, vistas de frente, de lado y de revés,
(medio tamaño natural).

» 4, Punta de flecha de hueso de yacaré (tamaño natural).

» 5, Ligadura de la segunda pieza con el astil (medio tamaño natural).

» 6, Emplumadura del astil (medio tamaño natural).

» 7, Pedazo de arco con tirillas de corteza (tamaño natural).

» 8, Diadema de uñas de jaguar (medio tamaño natural).

Rev. del Mas. de La Plata.

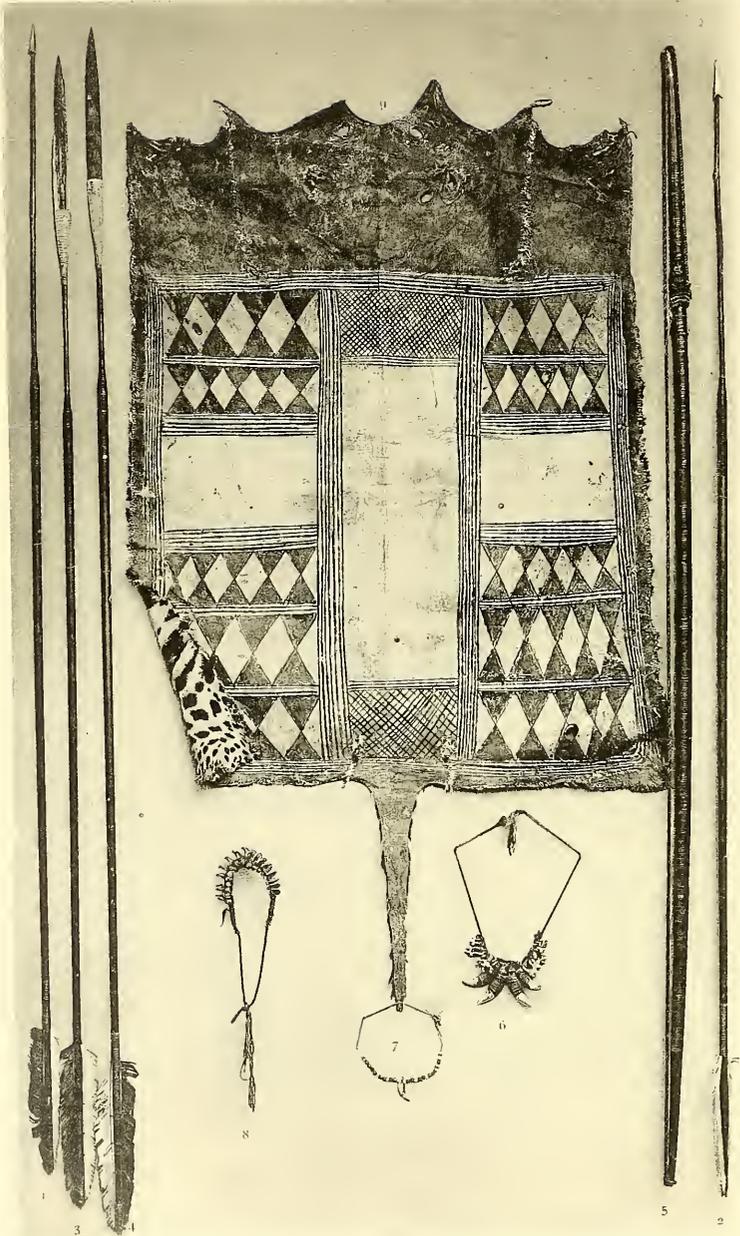
Koslovsky. — Bororós. — Látn. I.

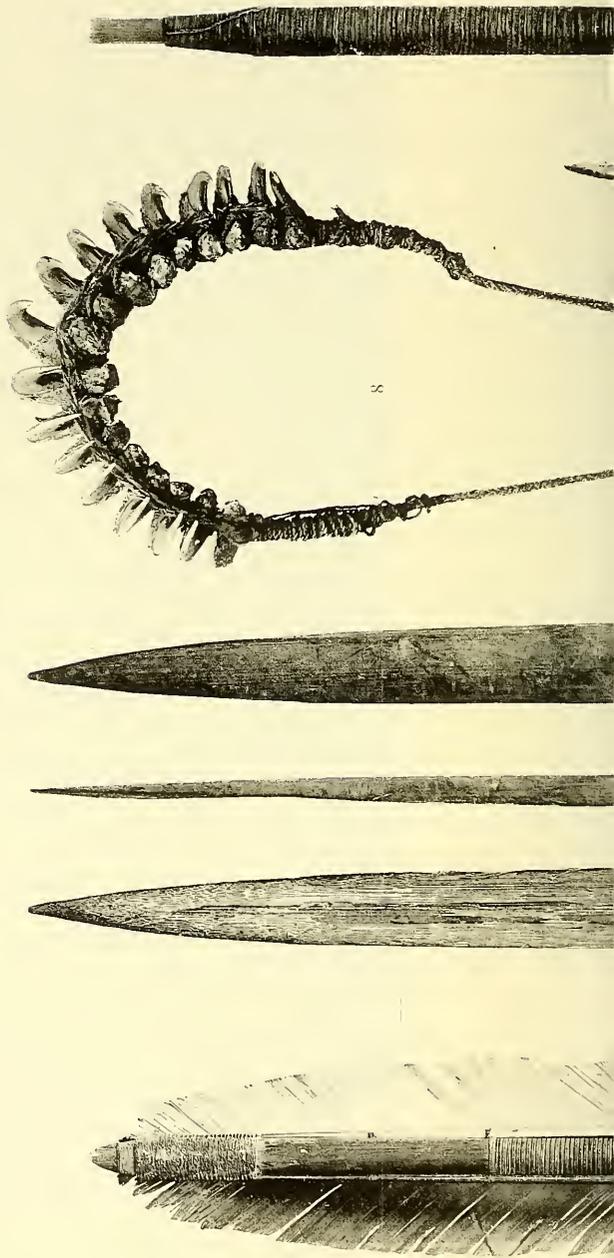


FOTOGRAFIA DE E. KOSLOVSKY.

GRUPO DE INDÍGENAS BORORÓS

(SERIES FOTOGRAFIA)



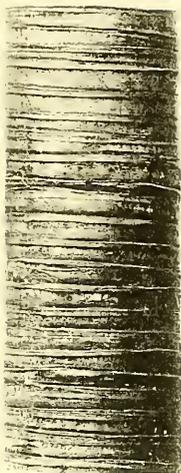
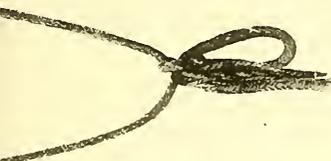




5



4



7



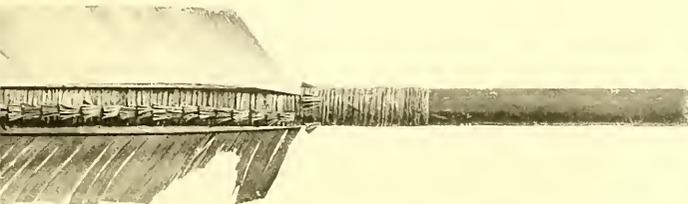
3



2



1



6

